**Ricardo de Ángel Yágüez, *grande en el Derecho y en la vida***

Hoy te despedimos y lo hacemos cada uno como te conocimos: como profesor, como decano, abogado, árbitro, asesor, escritor, colaborador, director de tesis, vecino de tu querido Sestao, como becario y miembro de la fundación Oriol-Urquijo, como vocal permanente de la Comisión de codificación, como consejero, como padre, marido, abuelo, como amigo, como maestro del Derecho y de la vida.

Algunos te veían con más frecuencia, te tenían al lado, otros solo en el recuerdo porque habías dejado en su día una huella indeleble. En cada uno de nosotros se dan uno o más vínculos que nos han unido a tí a lo largo de la vida. A muchos les hubiera gustado estar aquí, y así lo han transmitido en los últimos días junto con el pésame a la familia y a la Universidad, con todo el cariño cargado de recuerdos propios y ajenos, con los que fuiste tejiendo tu intensa vida.

Tengo la convicción, de que, al pensar en tí, Ricardo, nos sentimos de una u otra manera privilegiados. Ciertamente estamos sufriendo el dolor de perderte, porque te admirábamos, te respetábamos y te queríamos, nos duele tu ausencia, el vacío, pero a la vez, y de una manera indisoluble, sentimos el orgullo de haber compartido contigo una parte de nuestra vida en alguna de tus múltiples facetas porque como todos los “grandes”, tú has sido “multifacético”. Como tú solías hacer, acudiendo al diccionario de la RAE para ser precisa, multifacético significa “Que ofrece varias facetas o aspectos. múltiple, vario, diverso, variado, heterogéneo”. El diccionario de la RAE era tu libro de cabecera, comprabas todas las ediciones. La palabra era esencial para ti, era la sangre por la que discurre el Derecho.

Has representado una referencia académica en la doctrina, has sentado las bases de la responsabilidad civil y has delimitado con precisión quirúrgica “la teoría del levantamiento del velo”, por mencionar solo dos de tus grandes aportaciones al Derecho civil del último siglo. Y lo has hecho con la solvencia de una pluma extraordinariamente precisa. Con clarividencia (“facultad de comprender y discernir claramente las cosas”, RAE). Leerte era escucharte porque escribías como hablabas. Y escucharte era entenderte. Tu obra, muy extensa, está escrita al dictado, y por ello en estos momentos me vienen a la mente, con agradecimiento, todas las personas, a algunas las he conocido, entre ellas tu hija Irene, que, durante décadas, han hecho posible dar a conocer tu pensamiento.

Y como los buenos maestros, enseñabas sin dejar de aprender; los libros te rodeaban en 360 grados, explicabas sin dejar de buscar respuestas a lo que no sabías, el deseo de saber en sentido universal te llevó a buscar respuestas de médicos, arquitectos, matemáticos, ingenieros… muchos se convirtieron en grandes amigos y Dr. Google nunca compitió con tu querido amigo médico Julio Fuentes.

Y como a todos los grandes, el mundo del Derecho se te quedó pequeño, y tu vasta cultura, tu afición a la historia, la filosofía y la literatura te llevaron a escribir ensayo y una estupenda crítica quevediana. Estuviste en 2018 con los estudiantes en Deusto hablándonos de Quevedo y fue fabuloso conocer los aspectos jurídicos de su vida y obra. Disfrutamos con las andanzas del escritor del Siglo de Oro.

Y como acontece con las grandes personas, destacaba tu generosidad. Generosidad en compartir tu tiempo y tu conocimiento porque quien lo tiene todo no tiene miedo a perder nada. Has escrito al alimón con otros compañeros, libros, capítulos, manuales, has dirigido decenas de tesis doctorales, y dabas consejo a quien te lo pedía. Una de esas personas fui yo, al poco de terminar la tesis doctoral, que acudí un día a tu despacho profesional con el temor reverencial del 1.267 del Código civil por si me podías ayudar a entender el negocio fiduciario y así empezó una relación de confianza que tanto valoro como un tesoro durante los últimos 25 años.

Y, como el que sabe vivir, a tí te sobraban ganas, esas ganas de vivir que te acompañaron siempre, hasta el final. Vivir y compartir la vida, siempre con un buen vino. Amigo de tus amigos y explorador del Derecho, dándole vueltas hasta el fin del mundo, literalmente. A Chile y Argentina fuiste muchas veces, allí te consideran hijo favorito. Puedo dar fe, como los que estáis aquí, que allá donde uno va, siempre escucha:” Aquí estuvo Ricardo de Ángel”, sea Buenos Aires, Santiago o Harvard. Grandes amigos hiciste en tierras americanas cuyo recuerdo personal estuvo tan presente en tu vida.

Tu discípulo, el abogado y catedrático Fernando Pantaleón me decía ayer que Ricardo fue para él, parafraseando a Salisbury, “uno de los gigantes a cuyos hombros se adentró en el mundo del Derecho”. Así ha sido para muchos de los que estamos aquí, con la cita completa:

*«Somos como enanos sentados sobre los hombros de gigantes para ver más cosas que ellos y ver más lejos, no porque nuestra visión sea más aguda o nuestra estatura mayor, sino porque podemos elevarnos más alto gracias a su estatura de gigantes».*

A Ricardo de Ángel, a cuyos hombros seguiremos caminando. D.E.P.

Gema Tomás

Profesora de Derecho civil

Decana Facultad de Derecho

17 Abril 2024